

Mancha BRAVA



ANTONIO ORJEDA

10
HISTORIAS
REALES

QUE TODA NIÑA Y NIÑO
DEBEN CONOCER

MANCHA BRAVA

Autor:

© Antonio Orjeda

Asesoría y corrección de textos: Daniela Alcalde.

Diseño y diagramación: Enrique Gallo Acosta.

Ilustración de portada: Somus (Sandra Travezaño).

Lettering de portada: Alexandra Grau.

Ilustraciones de interiores: Lici Ramírez, Milagros Torres, Jugo Gástrico (Rocío Urtecho), Águeda Noriega, Eva Pinedo, Adriana Romero, Daniela de los Ríos, Edgar Quispe y Víctor Aguilar Rúa.

Editado por:

Antonio Orjeda EIRL

Para su sello editorial MAOZ

Calle Trípoli 242, dpto 702, Miraflores. Lima, Perú.

Telef. 243-4051

aorjeda77@gmail.com

Impreso por Cecosami S.A.

Calle 3 Mza E Lote 11, Ate. Lima, Perú.

Primera edición: noviembre 2019

Tiraje: 5000 ejemplares.

ISBN: 978-612-48129-0-3

Registro de Proyecto Editorial: 31501221901088

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-15109

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos de propiedad intelectual.

SUSANA BACA

Dulce y valiente, ¡sale caliente!

Los domingos de verano, ni bien oía el ¡trin! de la guitarra, Susanita dejaba de hacer lo que sea —incluso dejaba de jugar— y salía disparada para ver y escuchar a su papá y a sus tíos tocar los instrumentos. Risas, canto, baile. ¡Eran los mejores momentos! Arrimaban los muebles de la sala para que haya más espacio, lo recuerda clarito. Verlos, unírseles, era lo que más le gustaba.

Vivían en Chorrillos. Su mamá lavaba ropa a mano en varias casas de San Isidro; su papá era el chofer de una familia. Trabajaban duro, pero en casa no había suficiente dinero. Esos domingos de verano, sin embargo, eran para ella purita felicidad.

Comenzaba la década de 1950. En el Perú de entonces, las mujeres aún no podían votar. La mayoría de afroperuanos, además, sentía que salir adelante era imposible. Prueba de ello es que la hermana mayor de Susana tuvo que trabajar en una fábrica para que ella y su hermano pudieran estudiar.

Susana acabó el colegio deseando ser profesora, pero no les alcanzaba para pagar la matrícula de la universidad. Su mamá no estaba dispuesta a darse por vencida. ¿Qué hizo? Vendió su máquina de coser. ¡Nada iba a impedir que su hija sea una profesional!

En la universidad conoció un mundo nuevo, y con las mismas ganas con las que estudiaba, también cantó en cuanto actividad cultural se le presentó. Quienes la oían quedaban encantados con la dulzura de su voz; aunque



Ilustrado por Edgar Quispe



lo suyo no eran las canciones que sonaban en la radio, sino los poemas. Susana cantaba poemas musicalizados con ritmos negros del Perú. A ella siempre le atrajo hacer cosas distintas.

Como maestra, el primer colegio en el que enseñó quedaba en un cerro. En un cerro peligroso. Los papás de varios de sus alumnos eran delincuentes, pero a la profesora Susana Baca jamás le pasó nada. Todos la querían y cuidaban.

Entre sus alumnos, pese a ser niños de primaria, había algunos que llevaban cuchillas en sus bolsillos. El director le dijo que si alguno se portaba mal, le avise para que él mismo vaya y lo muela a palos. No fue necesario. Su dulzura derritió a esos niños bravos. Ella les llevaba música. Cantando, bailando, aprendieron a disfrutar el colegio, pero Susana se tuvo que ir. Sufría ataques de asma, y como le recomendaron buscar un clima mejor, partió a la sierra. Allá no solo se recuperó, descubrió que desde niña la había acompañado un remedio mucho mejor: el canto.

Cada vez que Susana cantaba, el asma desaparecía. ¡Era increíble!

Entonces cambió de profesión. Era feliz enseñando, pero lo era mucho más al cantar. Y claro, cantó poemas. Quienes la oían quedaban encantados con la dulzura de su voz. A todos les ocurría, menos a los directivos de la radio y de la televisión. Rechazaron su propuesta, le dijeron que si quería ser conocida, si quería ser escuchada por miles, tendría que cantar lo que ellos querían.

«A mí no iba a venir un señor de la televisión a decirme: “Cántate esto, cántate el otro”. ¡No!».

Así es ella. Y su voz, que encanta por su dulzura cuando está en el escenario, también es capaz de frenar a un rinoceronte si de defender su arte

se trata. ¿No la querían en las radios ni en la TV? Pues reunió a un grupo de músicos jóvenes y llevó su música por todo el país. No fue sencillo, pero persistió y, poco a poco, comenzó a hacerse conocida. Aunque más en el extranjero que en el Perú.

Recorrer Europa, ser aplaudida en varios países, para ella se hizo habitual. Llevaba décadas así, hasta que David Byrne, un genio de la música, la escuchó por casualidad en Nueva York. No en una presentación, sino en un video. Quedó maravillado. ¿Quién era esa artista? ¿Dónde vivía! Tomó un avión y no paró hasta estar frente a la dueña de esa voz.

Desde entonces, Susana tiene todo su apoyo y canta en los escenarios más importantes del planeta.

Aquí, varios años atrás, cuando aún era desconocida, se presentó a una prueba musical en un canal de televisión. La acompañó su hermanito. No fue elegida. Llorando, él renegó: «¡Pero si tú fuiste la mejor!». Tranquila, ella anunció: «Vas a ver que me van a hacer caso».

¡Y vaya que le han hecho caso! Hoy Susana tiene setenta y cinco años, su sonrisa es igual de linda y sigue presentándose por todo el mundo; y cada vez que pisa un escenario lo hace sin zapatos. Así le gusta a ella; y a ella, nadie le va a impedir cantar —y encantar— como le da la gana.

